

*Baquedano exige la  
rendición incondi-  
cional de Lima*

Terminada la batalla, el General Baquedano comunicó al decano del cuerpo diplomático de Lima, que dada la forma en que había sido violado el armisticio, había resuelto bombardear la ciudad hasta que se rindiera incondicionalmente. No existiendo autoridad que tomara la representación de la capital, el Alcalde, don Rufino Torrico, haciéndose acompañar por los jefes de las fuerzas navales de Francia, de Inglaterra y de Italia, se trasladó el día siguiente 16 de enero al Cuartel General chileno, con ánimo, según parece, de estipular

condiciones para la entrega de la población; pero Baquedano, irritado con lo que acababa de suceder, se negó a oír nada que no fuera la rendición sin condiciones en el plazo de 24 horas.

Lima pasaba por los momentos más amargos de su historia. Desde hacía tres días vivía entre la esperanza y el terror. Había seguido con profunda emoción el cañoneo de Chorrillos, recibiendo hora a hora, minuto a minuto, noticias contradictorias. Los prófugos y los heridos decían, los unos que los chilenos habían sido rechazados en San Juan, otros que esta posición resistía victoriosamente, que los defensores del Morro habían arrollado a los asaltantes, y luego sus informaciones eran desmentidas y el alma de aquel pueblo sufría el choque de esas emociones contradictorias que producían el espanto en el mayor número, la confusión en todos. En la media tarde del 13, un boletín oficial revelaba a la azorada capital que las líneas de San Juan y de Chorrillos habían sido forzadas y tomadas, pero que el ejército encargado de defenderlas se había replegado a Miraflores, donde se preparaba para librar una segunda batalla en posiciones excelentes en las cuales los chilenos tendrían que sucumbir, extenuados como estaban por pérdidas enormes. Esa expectativa de un segundo combate en las goteras de la ciudad aumentó la intranquilidad de las familias, y las mujeres, los niños y muchos hombres que no habían cargado las armas, huían

*Fuga de las familias* buscando refugio en las legaciones, en los consulados, en el puerto de Ancón, donde se encontraban los buques de guerra extranjeros. Edificios espaciosos fueron cubiertos en Lima por los pabellones de las naciones neutrales sirviendo de refugio a cuanta gente podía y cabía. Se calcularon en 2.800 personas las que recibió la legación de Francia en un palacio colonial que preparó expresamente para ese objeto. Los menos relacionados o menos pudientes, se asilaron en los consulados. La playa de Ancón se neutralizó, no por estipulación previa, sino por ley de las circunstancias. Los buques ingleses desembarcaron su marinería para proteger a los que llegaban a Lima y allí se formó un campamento, y 2.000 personas fueron protegidas y alimentadas con los víveres secos de que disponían esas embarcaciones. Entre los que recibían esa generosa hospitalidad se encontraban los mejores apellidos de la capital.

Había razón para huir de ella. Los dispersos de Chorrillos y de Miraflores se habían entregado a todo género de excesos. La ciudad se mantuvo relativamente tranquila hasta el 15, sea porque existía todavía una autoridad y un ejército o porque se abrigaran esperanzas en el resultado del segundo combate. Pero cuando las líneas de Miraflores fueron forzadas y la autoridad nacional se puso en fuga, todo resto de disciplina desapareció. Las tiendas fueron saqueadas, las puertas de las casas forzadas. Los soldados se batían a cuchilladas y a balazos disputándose los objetos robados. Los transeúntes que se aventuraban en la noche del 15 a salir a la calle, o en el día el 16, eran asaltados, y la ciudad se cubrió de heridos y de muertos que nadie se atrevía a recoger. En la noche del 16 el crimen llegó a su mayor intensidad. El 17 por la mañana los extranjeros organizaron una guardia de orden que se batió con la soldadesca y el pueblo hasta lograr imponerse después de matar cerca de

*Torrico solicita de Baquedano que ocupe la ciudad*

200, y fué entonces cuando se resolvió que el alcalde solicitase del General Baquedano la ocupación de la ciudad.

Entre tanto los sufridos vencedores de Chorrillos y Miraflo-

res estaban tranquilos en sus campamentos. Ni uno solo había intentado burlar la consigna acercándose a Lima; a esa Lima que era el premio codiciado de sus más ardientes fantasías.

El Callao era víctima de iguales excesos. El jefe de la plaza, el Comandante Astete, haciendo gala de un heroísmo de parada, telegrafiaba a la capital ofreciendo renovar las batallas con unos mil hombres que le quedaban y repitiendo la frase: *¡Yo no me rindo a nadie!* En vez de aprovechar esos mil hombres para evitar el saqueo, envió trescientos a Lima que recorrieron ebrios, disparando balazos, las calles de la aterrada capital, y el resto se dispersó, dejando el Callao entregado a su suerte, es decir, a la chusma y a los soldados fugitivos de Miraflores, que a semejanza de los de Lima forzaban las puertas de las casas, saqueaban los almacenes e incendiaban los edificios. Aquí, como en Lima,

*Desórdenes en el Callao* fué necesario que los comerciantes europeos se armaran y se repartieran en grupos por la población. Esos extranjeros tuvieron que batirse, matar y morir. Se calculan en 150 los peruanos que perecieron en las calles y varios extranjeros corrieron la misma suerte, entre ellos dos jefes de casas de comercio. Esta situación se mantuvo hasta el 17 por la mañana.

Este día se consumó la hecatombe de la escuadra y de las fortificaciones del Callao.

El gobernador Astete, preparó todo el 16 para quemar los buques y hacer volar los fuertes. Los cañones se cargaron con dinamita, las fortificaciones fueron minadas con explosivos, y las guías se comunicaban con la oficina del Jefe de la plaza, que aspiraba a la gloria del que incendió a Moscú ante la invasión de Napoleón. Y mientras hacía ese aparatoso amago de defensa, telegrafiaba a Lima ofreciendo siempre sus mil hombres para derrotar a los vencedores de treinta mil.

"Marcho a ésa, decía, el 16, en compañía del Coronel Suárez a librar otro combate. Mil hombres entusiastas. Lo que es yo no rindo al Callao hasta el último trance".

Como probablemente, o más bien seguramente, nadie en Lima respondió a estas proposiciones, el gobernador del Callao comprendió que no le quedaba otra cosa que hacer que proceder a la destrucción, y así lo hizo en las horas de la noche que precedieron al amanecer del 17. Diré de paso que el bloqueo del Callao continuaba con iguales si no mayores precauciones que antes, por temor de que la *Unión* intentase una salida a la desesperada, un avance heroico que pusiera una rúbrica de gloria a la historia naval del Perú que iba a concluir, y que la secundasen el *Atahualpa* y las lanchas torpedos.

*Destrucción de las fortificaciones y Escuadra Peruana en el Callao* Al amanecer del 17 los bloqueadores sintieron un estruendo espantoso, que levantó un inmenso penacho de tierra y piedras. Al principio no se veía nada a causa del polvo. La atmósfera tardó cinco minutos en aclarar y entonces se reconoció que era el fuerte Zepita el que había volado. Luego después se oyó una nueva detonación y después otra y otra. Era el fuerte Junín, tan espantosamente cargado de dinamita, que sus dos cañones Armstrong de a 500 no se encontraron en parte alguna. Siguieron a éstos el de la Merced, Pichincha, Independencia, Abtao, Provisional.

No se reponían los bloqueadores de la impresión de estos desastres cuando llegó su turno a la marina. La *Unión* y el *Atahualpa* levantaron sus fuegos y salieron de la dársena. La primera avanzó majestuosamente despertando gran emoción en los buques extranjeros, que formaron sus tripulaciones en las cubiertas y en las jarcias para darle el supremo adiós de la gloria y de la despedida al pasar. En ella iba Astete. Las lanchas chilenas de guardia que eran la *Fresia* y la *Guacolda*, mandadas por el Teniente Bianchi Tupper, que fué el infatigable guardián del bloqueo, le cortaron el paso y acto continuo el Comandante Astete se puso en salvo en un bote para pedir hospitalidad a la fragata francesa *Victorieusse*. La *Unión* evolucionó a la playa y se varó y la tripulación la incendió, antes de ponerse en salvo. Su ejemplo fué seguido por los demás buques; el *Atahualpa* empezó a arder, lo mismo los transportes *Rimac*, *Chalaco*, *Talismán*, *Limeña*, *Oroya*. Las llamas iluminaron la bahía con siniestros resplandores. Y al mismo tiempo huían, siguiendo los perfiles de la costa, cuanto bote o lancha había escapado de la hecatombe, en demanda de Chancay o de Huacho.

Enero 17. Saavedra  
ocupa a Lima

Este fué el cuadro que tuvo a la vista el Cuerpo diplomático cuando el 17 de enero impuso al Alcalde Torrico el penoso deber de solicitar del General Baquedano que ocupase la capital cuanto antes. Este ordenó que ese mismo día tomase posesión de Lima el General Saavedra con una columna compuesta del Buin, Zapadores, el Bulnes, tres baterías de artillería de campaña mandadas por Velásquez, los Cazadores a caballo y los Carabineros de Yungay.

Los chilenos desfilaron dignamente el 17 de enero en la tarde por las calles de la metrópoli peruana. La artillería ocupó el cuartel de Santa Catalina, que era el depósito del Parque, donde se encontró una existencia abundante de armas y de proyectiles. No hubo notas sombrías en este día memorable de la historia de Chile. El decoro y disciplina del ejército vencedor arrancaba palabras de sorpresa a los nacionales y de aplauso a los extranjeros. Lynch ocupó el Callao al día siguiente temprano. Vergara fué en un tren especial a Ancón a buscar las familias refugiadas ahí para hacerlas volver a sus hogares. El resto del ejército entró a la ciudad ese mismo día 18 de enero sin ningún estrépito y en la tarde lo hizo el General Baquedano, el que se apeó de su caballo de guerra en el Palacio de los Virreyes, que eligió para su residencia.

Enero 18. Entra Ba-  
quedano a Lima

La noticia de la toma de Lima despertó en Chile el entusiasmo que es natural suponer. Desde que se supo el desembarco del ejército en Curayaco, el país vivió pendiente del gran problema, sacando cuentas de la distancia por recorrer y del tiempo que exigía la movilización, lo que mantenía el espíritu nacional en un grado de tensión casi delirante, que no se disipó sino en la tarde del 19 de enero con la entrada a Coquimbo de un buque empavesado, noticia que circuló como un rayo por toda la República, y que refería en estos términos el frío y mesurado Pinto:

“A Vergara: El 19, a eso de las 8 de la noche, se me apareció el telegrafista agitado, casi sin poder hablar, con un parte. ¿Qué hay? le dije; ¿buenas o malas? Baluceando me contestó: parece que son buenas. Tomé el papel y vi que en él me decía don Antonio Alfonso que se divisaba un vapor enarrolado. Pocos momentos después volvió con otro parte en que de-

cía que el vapor disparaba voladores. Hice llamar a los ayudantes de la Comandancia para disponer que los artilleros estuviesen listos en el Santa Lucía para hacer una salva; mandé llamar a los Ministros y al Intendente. En el entretanto había brotado en la plazuela de la Moneda un enjambre de chiquillos que supieron, Dios sabe cómo, que había buenas nuevas y que principiaron a gritar vivas y a decir que se habían tomado a Lima. Pocos momentos más tarde la plazuela, los patios y piezas de la Moneda estaban llenos de gente que devoraban los telegramas que se sucedían. La noche entera fué de fiesta”.

“La terminación tan gloriosa de esta campaña deja muy arriba el nombre de Chile y los que han tenido en su dirección una parte tan considerable, como Ud., deben sentirse orgullosos”.